¿Cómo dejar de pecar? // Juan José Estévez

La sanación del paralítico en Betesda

La Biblia es la base para vivir y aplicar la palabra de Dios en la vida. En el evangelio de Juan, capítulo 5, se relata una fiesta de los judíos y cómo Jesús subió a Jerusalén. Cerca de la puerta de las ovejas había un estanque llamado Betesda, donde yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, esperando el movimiento del agua para ser sanados. Jesús vio a un hombre que llevaba mucho tiempo postrado y le preguntó si quería ser sano. El hombre explicó que no tenía a nadie que lo ayudara a entrar al estanque, y Jesús le dijo que se levantara, tomara su lecho y caminara. Al instante, el hombre fue sanado. Posteriormente, los judíos le reclamaron por llevar su lecho en día de reposo, y el hombre respondió que quien lo había sanado le había indicado que lo hiciera. Más tarde, Jesús lo encontró en el templo y le dijo que no debía pecar más para que no le viniera algo peor. Cuando el hombre avisó a los judíos que Jesús lo había sanado, estos buscaron perseguirlo.

La soberanía de Dios en la sanación

El caso del paralítico demuestra que la sanación no depende de los méritos de las personas, sino de la voluntad soberana de Dios. Este hombre llevaba 38 años postrado, sin haber hecho nada para merecer la sanación, lo que evidencia que la obra de Dios se realiza según su propósito y no por las acciones humanas. La sanación del paralítico refleja que la misericordia de Dios actúa libremente y según su soberanía.

La condición del paralítico y la iniciativa de Jesús

El paralítico había estado incapacitado durante 38 años, posiblemente debido a algún pecado. Se cree que tenía alrededor de 50 años y había permanecido postrado confiando en una solución que nunca llegaba. La iniciativa de la sanación partió de Jesús, quien se acercó a él para no solo restaurar su cuerpo, sino también tratar la raíz de su pecado, demostrando que la intervención divina va más allá de la recuperación física.

El pecado como causa de la enfermedad

Cuando Jesús encontró al paralítico en el templo, le dijo que había sido sanado, pero que no debía pecar más para evitar consecuencias mayores. Esto indica que su enfermedad estaba vinculada con su pecado. Aunque la Biblia no especifica cuál fue, deja claro que la misericordia de Dios actuó sobre él a pesar de su condición. El pecado no es un accidente; tiene efectos en la vida que pueden prolongar el sufrimiento y requerir la intervención de Dios para liberación.

La fe y la palabra de Dios en la sanación

El paralítico vivía con negativismo, viendo cada día que pasaba como una oportunidad perdida de ser sanado. La palabra de Dios tiene el poder de generar fe y esperanza, incluso en las situaciones más difíciles, y puede liberar del pecado. Jesús le ofreció sanidad, pero el hombre dudó y puso excusas, pensando que su sanación dependía de un método externo como el estanque. La verdadera intención de Jesús era transformar su vida por medio de la fe y la obediencia.

La gracia de Dios y la liberación del pecado

La gracia de Dios se manifiesta en la vida de las personas, y en ocasiones tiene un propósito mayor que la sanación física: la liberación del pecado. La condición del paralítico no fue solo consecuencia de mala fortuna o accidente, sino de su pecado. Cuando Jesús lo encontró, le advirtió que no pecara más, mostrando que la verdadera sanidad implica transformación espiritual y reconciliación con Dios.

La naturaleza del pecado y sus consecuencias

El mayor problema en la vida de una persona no es la enfermedad física, sino el pecado. Jesús quiso tratar con el paralítico sobre su pecado, diciéndole que no pecara más. La palabra de Dios tiene la capacidad de producir fe y confianza, permitiendo a las personas levantarse de cualquier situación, superar la incredulidad y sanar tanto el cuerpo como el alma. La historia del paralítico muestra que la palabra de Dios es eficaz para vencer el negativismo, restaurar la vida y liberar del pecado.

El pecado en la historia de Adán y Eva

El pecado es una transgresión de la ley de Dios y puede manifestarse de muchas formas, como desobediencia o mentira. La transgresión coloca al ser humano contra Dios y lo hace susceptible a la justicia divina. La historia de Adán y Eva demuestra cómo la desobediencia introduce el pecado en la humanidad y genera consecuencias que afectan la vida de todos. La palabra de la serpiente envenena la naturaleza humana, generando orgullo, arrogancia y deseo de autosuficiencia.

Las raíces del pecado en la humanidad

El corazón humano está inclinado a la envidia y al deseo de ser como Dios, lo que genera rebeldía, egoísmo y autosuficiencia. Jesús vino a cambiar esta naturaleza caída y enseñar a vivir en dependencia de Dios y por los demás. El pecado también genera vergüenza y ocultamiento, como se ve en la reacción de Adán y Eva en el huerto. Estas raíces del pecado se manifiestan naturalmente y afectan nuestra sensibilidad hacia los demás, limitando la capacidad de vivir en armonía y obediencia a Dios.

La solución divina al pecado: Jesucristo

Cristo vino a transformar nuestra naturaleza caída y egoísta, enseñándonos a vivir en amor y servicio a los demás. La fe en Jesucristo y la palabra de Dios son la clave para romper el poder del pecado en nuestra vida. La salvación y liberación del pecado no dependen de esfuerzos humanos, sino de la obra de Dios a través de la fe y la obediencia a Jesús.

La fe como respuesta al pecado

No practicar lo que se sabe que es correcto es también considerado pecado. La responsabilidad de los creyentes inicia al poner en práctica la palabra de Dios. La fe en Jesucristo permite vencer la incredulidad y conduce a la obediencia, evitando la condenación eterna. Reconocer nuestra culpabilidad frente al pecado es esencial para recibir la salvación y la reconciliación con Dios.

La justicia divina y el juicio de Cristo

Jesús es nuestro abogado celestial y quien intercede por nosotros ante el Padre. Su muerte en la cruz demuestra que todos somos culpables, pero también muestra que Dios nos libera por gracia. La salvación no se obtiene por méritos propios, sino por la fe en Cristo, evitando la arrogancia y el orgullo religioso.

La palabra de Dios y la transformación espiritual

La fe surge al escuchar la palabra de Dios y transforma la oscuridad en revelación y dirección. La palabra es el camino seguro hacia la vida eterna, y Jesús es la persona que nos conduce a ella. Vivir por la fe implica obedecer la palabra y no andar en tinieblas, practicando la verdad y rechazando el pecado.

La confesión y el perdón de los pecados

Reconocer y confesar nuestros pecados permite recibir el perdón de Dios. Negar el pecado equivale a engañarse a uno mismo, mientras que la confesión genera reconciliación. La naturaleza caída del ser humano nos lleva a pecar, por lo que el reconocimiento del pecado es esencial para experimentar la gracia y la misericordia de Dios.

La nueva naturaleza en Cristo

Cristo nos da una nueva naturaleza que permite vencer al pecado. Esta transformación no ocurre por esfuerzo humano, sino por fe en Jesús. La santidad surge cuando Dios despoja al

creyente de su vieja naturaleza y lo llena de la suya. Morir con Cristo en la cruz simboliza recibir la vida nueva que aborrece el pecado y vive conforme a Dios.

La lucha contra la carne y la victoria sobre el pecado

La lucha cotidiana es contra la carne, que tiene influencia negativa sobre nuestro espíritu, pero la nueva naturaleza en Cristo nos da la capacidad de aborrecer el pecado. Los nacidos de Dios no practican el pecado; la semilla de Cristo en nosotros crece y nos transforma, permitiéndonos vivir en santidad y avanzar progresivamente en la vida espiritual.

La conexión entre la sanación y la liberación del pecado

El poder que levantó al paralítico del estanque es el mismo que nos libera del pecado. Pecar es perder de vista a Cristo y el objetivo principal de la vida. La intervención de Dios es necesaria para restaurar el propósito de nuestra existencia y vivir conforme a su voluntad.

El abogado celestial y la salvación

Jesucristo es nuestro abogado ante el Padre y aboga por nosotros frente a cualquier juicio. La cruz demuestra que hemos sido juzgados y perdonados, y que la salvación no depende de nuestras obras sino de la gracia y la fe en Jesús.

La vida nueva en Cristo

Dios quiere liberarnos del pecado y solo Jesús puede hacerlo. La vida nueva permite que Cristo viva en nosotros, guiándonos por la fe y la palabra de Dios y transformando nuestra

naturaleza egoísta en una vida de santidad y servicio.

La alabanza y la aplicación final

Se da gloria y alabanza a Dios por su poder, misericordia y obra en la cruz. Los creyentes buscan su rostro para recibir orientación, fortaleza y amor. Es importante aplicar la palabra de Dios en la vida diaria, evitando perder oportunidades de glorificar a Dios y reconociendo su obra en nuestra transformación y liberación.